

# La figura del Flâneur: una mirada histórica-crítica desde Jean-Jacques Rousseau hasta Dorde Cuvardic.

**David Martínez Martínez<sup>1</sup>**

Universidad de Concepción, Chile

Recibido 19 febrero 2025 • Aceptado 22 junio 2025

The figure of the Flâneur:  
a historical-critical look from Jean-  
Jacques Rousseau to Dorde Cuvardic.

## Resumen

El objetivo de esta investigación es desarrollar una conceptualización contemporánea de la figura del *flâneur*, analizando su evolución desde las reflexiones de Rousseau (1712-1778) hasta Cuvardic (1969-). Se advertirá cómo la noción del *flâneur* recoge ineludibles componentes de cada época. Sin embargo, hay un elemento común que tiene que ver con el deambular por distintos espacios, destacando entre ellos la ciudad como un objeto epistémico sobre el que reflexionar, investigar y contemplar para luego propiciar la creatividad literaria. Este trabajo aporta una perspectiva renovada respecto de esta figura, subrayando su trascendencia para comprender la experiencia urbana y la subjetividad contemporánea.

*Palabras clave:* *Flâneur*; Deambular; Episteme; Contemplación en movimiento; Ciudad.

## Abstract

The objective of this research is to develop a contemporary conceptualization of the figure of the *flâneur*, analyzing its evolution from the reflections of Rousseau (1712-1778) to Cuvardic (1969-). It will be noted how the notion of the *flâneur* incorporates unavoidable components of each era. However, there is a common element related to wandering through different spaces, with the city standing out as an epistemic object to reflect on, investigate and contemplate, thereby fostering literary creativity. This work offers a renewed perspective regarding this figure, emphasizing its significance for understanding urban experience and contemporary subjectivity.

*Key words:* *Flâneur*; Wander; Episteme; Contemplation in movement; City.

1. martinezmdavid@gmail.com

## 1 • Introducción

En este artículo hago una revisión histórico-crítica de distintos autores que han estudiado la figura del *flâneur* y constato que su definición trasciende las caracterizaciones convencionales relacionadas con la traducción del francés al español como caminante o un “observador apasionado” (Baudelaire 86). Existe una vasta y variada cantidad de autores que estudian el caminar, que va desde Rousseau —que afirma: “nunca hago nada salvo durante el paseo, el campo es mi gabinete” (226)— hasta Cuvardic —quién advierte su presencia dentro del contexto latinoamericano—.

Se postula la importancia que tiene el entorno como objeto epistémico que hace simbiosis con el *flâneur*, permitiéndole el desarrollo de la creatividad literaria, la generación de ideas, la inspiración y la reflexión. Se hace necesario revisar varios teóricos y teóricas que permitan clarificar la figura del *flanêur*. Así pues, se han seleccionado, de acuerdo con la importancia y profundidad de su aporte, una serie de textos que se analizan desde una perspectiva histórico-crítica.

Helena Maldonado (2023) propone la existencia del *flâneur* en las ciudades contemporáneas, pero en el ámbito de la informática. Así, dicha figura pasea por avenidas cibernéticas y se extravía entre la muchedumbre de navegantes cibernéticos, pero “sobre todo se encuentra en los intersticios de estas construcciones virtuales” (Maldonado 11). Por su parte, ÓscarDíaz (2024), plantea la posibilidad de que el *flâneur* se transforme en un *data-flâneur*, ambos conviviendo en la sociedad moderna. Mientras que el *flâneur* se desplaza por múltiples espacios, el *data-flâneur*, en cambio, “lo hace por el ciberespacio” (Díaz 13). Sin embargo, dichas investigaciones dejan de lado la bibliografía teórica que se ha publicado durante las últimas décadas. Llama la atención que no mencionen el texto *El flâneur en las prácticas culturales, el costumbrismo y el modernismo* (2012), en donde se afirma que el *ciberflanêur* no ha logrado consolidarse en el ámbito de la literatura y que mientras no existan “investigaciones empíricas sobre los usos de internet, esta figura será muy elusiva” (Cuvardic 231). Además, “Del flâneur al data-flâneur. Consideraciones estéticas de un cambio en la mirada” se basa sólo en una definición de Juan Martín Prada (2018) para desarrollar toda su conceptualización. A partir de lo anterior, esta investigación explora las aproximaciones teóricas

más recientes que se han hecho de esta figura, incluyendo la latinoamericana. De esta manera, se plantea una actualización del *flâneur* a la luz de trabajos contemporáneos, lo que invita a seguir repensando esta figura.

## 2 · Historia del caminar

Jean-Jacques Rousseau publicó en 1782 *Las ensoñaciones del paseante solitario* a partir de vivencias personales. Allí, el filósofo francés afirma no contar con otra compañía que él mismo, a raíz de que los demás lo marginaron. Producto de lo anterior, decide llevar un registro de sus paseos solitarios tanto por París como por otros lugares, en los que lleva a cabo un examen de sí mismo y de todas las ideas que surgen durante sus desplazamientos. El libro refleja el caminar como una actividad propia de alguien “consagrado a la ociosidad” (Rousseau 117) y un mecanismo para encontrar la felicidad que está en el interior de cada persona, reflexionar más acabadamente en torno a los más variados tópicos, describir lo que está alrededor, recordar experiencias pasadas y examinar lecturas ya realizadas. Rousseau se siente incapaz de habitar en comunidad porque asegura que la vida en sociedad está regida por el deber y el sometimiento, de los que desea escapar. Esta obra bosqueja lo que será un tema frecuente en la literatura sobre la figura del *flâneur*: la imbricación entre caminar y escribir. Así, al autor del *Emilio* sus caminatas diarias le propician “la escritura” (54) y luego “su lectura [le] recordará los dulzores que disfrut[a] al escribirlas” (56). Esto es lo que, posteriormente, Benjamin denominará literatura panorámica y que se vincula con la capacidad investigativa del *flâneur* consignada en el texto, cuando “todas las mañanas después del desayuno [...] con una lupa en la mano y mi *Systema naturae* bajo el brazo” (119) analiza la vegetación durante su estancia en la isla Saint-Pierre.

Sin embargo, aunque Rousseau no logra responder suficientemente a la argumentación sobre la relevancia de la figura del *flâneur*, su perspectiva invita a reflexionar respecto a la experiencia urbana y sus consecuencias en el individuo. El hecho de que conciba la meditación como ensoñación puede no evidenciar la complejidad de las aglomeraciones citadinas; pero esta inclinación hacia la introspección es una valiosa contribución al ser interpretada, por un lado, como una reacción al acelerado ritmo de la vida

moderna y, por otro lado, como un intento de búsqueda de la autenticidad en un mundo cambiante.

En 1802 Karl Gottlob Schelle (1777-1825) publica *El arte de pasear*, con el que consigue divulgar la actividad de caminar en los países germánicos, ya vigente en Francia e Inglaterra. Consigna que el sedentarismo y la estancia prolongada en áreas cerradas son elementos que inciden en el origen de un trastorno psicológico y que, por el contrario, el desplazamiento al aire libre es imperativo para la salud mental y física. Según Schelle, el deambular es una operación asociada a quienes tienen un elevado nivel intelectual o cultural, porque requiere un complejo esfuerzo cognitivo y “cierto bagaje de ideas” (33). Schelle retrata el pasear a través de la naturaleza como una experiencia que pertenece al orden estético, debido a que permite conocer una variedad de fenómenos asociados. El caminar precisa de la libertad como condición: pasear es, en resumen, “un placer libre” (Schelle 43) mediante el cual se alcanza desarrollo y autonomía. *El arte de pasear* reflexiona sobre el transitar en el campo, jardines, valles, en la naturaleza o en diversos medios de transporte y trata el caminar como una actividad eminentemente natural: la persona es libre para examinar cuanto desee con tranquilidad y puede ajustar su flujo en coordinación con las urgencias de la mente.

Schelle se distancia de Rousseau al no elevar la caminata como un medio de introspección y proponer la necesidad de pasear tanto en el campo como en la ciudad, porque es en ese último espacio en donde no todo el mundo se conoce y se obtiene “la libertad del ánimo” (42). No obstante, es posible criticar a Schelle por abordar el caminar como una satisfacción contemplativa, omitiendo la relación del *flâneur* con el entorno que propicia, por ejemplo, un interés por sus antecedentes históricos. A su vez, se le puede reprochar el haber restado importancia al deambular, al concebirlo como una actividad de categoría estética y negar su componente reflexivo: “los paseos no tienen como finalidad [...] la meditación” (Schelle 34).

Louis Huart (1813-1865) publicó en 1841 su *Fisiología del flâneur*, donde sostiene que el rasgo principal del *flâneur* es poder desplazarse en cualquier horario de modo similar a un policía, cuyo propósito “es observar con sospecha todos y cada uno de los rostros que se encuentra” (28). Para Huart, el *flâneur* tiene ejercitados sus ojos, sus piernas y sus oídos. Ello le facilita transitar con pasos amplios por plazas, muelles, veredas y bulevares,

oír conversaciones en espacios públicos, mirar la mayor cantidad de letreros y rostros y contemplar a todas las personas durante su errancia, pero de forma discreta y disimulada. Según Huart, el *flâneur* logra crear una novela tras encontrarse con alguien que le propicie reflexiones filosóficas, sociales y humanitarias o simplemente luego de haber estudiado con admiración un par de escarabajos que le llevaron a meditar en otras temáticas. Se puede considerar un *flâneur* a un artista, explica, porque visitan centros de espectáculo para fisgonear detalles de los integrantes de una orquesta o para iniciar una conversación tras bastidores. Otro de los rasgos del *flâneur* es “informarse en exclusiva de un buen número de noticias realmente extraordinarias” (Huart 69), aquellas omitidas por los periódicos.

El *flâneur*, según Huart, se caracteriza por salir de su hogar en busca de lo inesperado y vivir con la expectativa de una actividad mayor. Finalmente afirma que para ser un *flâneur* de verdad hay que tener un amplio conocimiento de la ciudad, tiendas y calles, y recordar la información de los carteles, ya que sería un políglota que “va, viene, vuelve otra vez y puede acabar encontrándose o muy cerca o muy lejos de su casa, según los designios del azar” (Huart 99). Sin embargo, el libro de Huart destaca no sólo el carácter artístico-intelectual del *flâneur*, sino su capacidad analítica y su habilidad para recordar y ser una suerte de enciclopedista de crónicas. Es interesante la taxonomía de los mejores candidatos a *flâneur*, ya que sus novedosas descripciones permiten sostener que supera en cierto sentido a la usual labor periodística.

A pesar de ello, el texto elude un rasgo relevante sobre la figura del *flâneur*: su lentitud al desplazarse. En oposición, afirma: “si algo caracteriza al *flâneur* es que pasea rápido” (Huart 94). Al mismo tiempo, su obra debe ser leída de manera crítica, porque hace afirmaciones que en la época actual están fuera de lugar; por ejemplo, al sostener que se puede componer una novela “entera con solo encontrarse en el ómnibus con una damisela que se cayó del cielo, y el instante que le sigue se confía a las más altas consideraciones filosóficas, sociales y humanitarias” (Huart 53).

El texto *Caminar* (2018) reúne dos ensayos: uno de William Hazlitt (1788-1830) denominado “De las excursiones a pie” y otro de Robert Louis Stevenson (1850-1894) llamado “Caminatas”. En el primero, Hazlitt plantea desde su experiencia un pasear individual que proporciona libertad, invita

a reflexionar y estimula las sensaciones. Se camina sobre todo para sentirse libre “de todo impedimento y de toda inconveniencia” (Hazlitt 32). Quienes pasean, agrega, lo hacen para generar procesos múltiples de contemplación y meditación. En ese instante surge un abanico de escenas que inducen a cavilar en diversos asuntos. Es posible salir a dar una vuelta aprovechando la luz del día y durante la noche dedicar tiempo a la lectura hasta muy de madrugada. Hazlitt alude a cómo el caminar transforma las opiniones, las ideas y los sentimientos, y logra conducir a espacios olvidados y vetustos, pudiendo reactivarlos por medio de la reminiscencia. En el segundo, Stevenson recomienda dar una excursión a pie a solas, porque de esa manera se puede detener o reanudar el viaje en cualquier dirección de acuerdo con los intereses personales. “De las excursiones a pie”, propone que al caminar es factible seguir un ritmo propio, crear ideas mientras se camina; sin embargo, advierte que los demás ciudadanos miran con extrañeza a quienes vagabundean dedicando tiempo de asueto y sin comprender la felicidad que les provoca. No obstante, Hazlitt y Stevenson omiten el carácter subversivo del *flâneur* que le lleva a ser crítico de los modos de vida modernos y a tener otro tipo de intereses distintos a los de sus contemporáneos.

Rober Walser publica en 1917 *El paseo*, en donde propone dejar el escritorio para salir a caminar y no perder absolutamente ningún tiempo en otras actividades que generen distracción. Durante su vagar menciona experimentar un estado de ánimo cargado de sensaciones extravagantes que le satisfacen como ninguna otra cosa. Los pesares, los dolores y la tristeza quedan atrás a medida que se avanza paso a paso durante el desplazamiento. En sus paseos se detiene a observar una plaza, una panadería, una carnicería, un letrero o cualquier cosa que le pareciera interesante reseñar. Walser concibe el caminar como medio para obtener información verídica y confiable en diversas materias: ya sea sobre asuntos literarios (al visitar una librería) o bien económicos (al acudir a un banco). Manifiesta su incompreensión ante quienes usan otros medios de transporte, como los vehículos, en vez de caminar sin apuro ni agobios: “camino como un buen haragán, fino vagabundo y holgazán o derrochador de tiempo y trotamundos” (Walser 14). Sus desplazamientos ocurren tanto en la ciudad como en el bosque y se defiende de la impresión despectiva que puede tener de él un trabajador de la oficina de impuestos: “un paseo me estimula profesionalmente [...] a seguir creando,

en tanto que me ofrece como material numerosos objetos [...] que después, en casa, elaboro con celo y diligencia” (Walser 25).

Así, el caminar es una actividad que entrega inspiración, información y material estético para la creatividad literaria y por ello durante su ejecución el paseante se detiene y escucha, experimenta diversas sensaciones e impresiones causadas por aquello que está alrededor. *El paseo* de Walser reitera lo que propuso Rousseau: que la caminata es un medio para dejar de lado todo lo negativo que pueda estar experimentando el sujeto y que hay una relación entre caminar y escribir; al igual que Schelle menciona la importancia de caminar para la salud y desaconseja la permanencia en espacios cerrados, los cuales pueden provocar sentimientos de ruina y, por último, de Hazlitt retoma la idea de pasear como un medio que propicia la reflexión. A pesar de ello, Rober Walser plantea algo casi imposible como disolverse por completo en la observación de lo circundante llegando a olvidarse de uno mismo, lo que en cierta medida podría ocasionar una enajenación durante el desplazamiento a pie en vez de un proceso reflexivo.

Franz Hessel (1880–1941) publica en 1929 *Paseos por Berlín*, en donde se propone describir el territorio, el pasado y el futuro de la ciudad en una constante modificación. Allí define el flanear como “una forma de lectura de la calle” (Hessel 1929 97) en la que los rostros de las personas, los escaparates, las terrazas de los locales de las cafeterías, los automóviles, los ferrocarriles y la vegetación se transforman en letras, que en su conjunto dan lugar a frases y temas para un libro novedoso. Hessel describe sus desplazamientos por múltiples espacios, resalta la necesidad de deambular para conocer antecedentes históricos de la urbe, menciona ir de paseo con un pequeño terrier que le da la oportunidad de detenerse con más frecuencia de lo normal y señala que es percibido de manera sospechosa por sus compatriotas berlineses.

Más tarde, en el año 1932, Hessel publicó un ensayo denominado “Sobre el difícil arte de caminar”, en donde asevera que vagabundear es una actividad arcaica ya que existen otros medios de transporte más rápidos, pero quien lo hace basa su decisión en algo antojadizo y goza el tiempo en el cual vive logrando su aprehensión más completa. Propone que en la naturaleza humana está incluida la ociosidad que se activa por medio del fastidio y que estimula el movimiento. Una de las ventajas del *flâneur* es el convertirse en un

lector que “lee la calle como un libro, hojea los destinos” (Hessel 2004 147) y olvidarse de sí mismo para caminar plenamente. La obra de Hessel prefigura la definición que establecerá Walter Benjamin sobre el origen histórico de la figura del *flâneur*, subraya el valor epistemológico que atribuye a la ciudad y que desarrollará el filósofo berlinés junto con las consabidas características del *flâneur*.

Léon-Paul Fargue (1876-1947) en *El peatón de París*, publicado en 1939, comenta su interés en crear un plano de París y para ello comienza describiendo diversos elementos de la ciudad, desde muelles y plazas hasta museos y teatros, entre otros. Inicia el libro hablando de Chapelle y los por-menores de la forma de vida que allí se llevaba a cabo cuando él era un niño. De igual modo, menciona Montmartre, una colina en donde los parisinos podían pasear sin salir del país, y advierte cómo algunos de sus cafés van desapareciendo con el paso del tiempo al ser reemplazados por bares, tabernas o restaurantes. Un elemento diferenciador de su obra es su examen de París desde la perspectiva de un *flâneur* que asocia las cafeterías con la escritura: “Montmartre era la patria de los cafés clasificados de «célebres» [...] donde se daban cita artistas, poetas y pintores [...] Se trabajaba, se hacían rimas, se componía en el café” (Fargue 43). Él mismo es un aficionado a visitarlos: “hace poco me encontraba en un café” (*Ibid.* 38); “mi vida ha transcurrido de tal modo que conozco todos los cafés de Montmartre [...] cuarenta años de viajes a pie por los dominios [...] me han familiarizado con los establecimientos” (Fargue 40). E incluso nombra algunos, por ejemplo, “el Café des Deux Magots” (Fargue 132) y “el Café de Flore” (*Ibid.* 133).

*El peatón de París* refleja un aspecto que los teóricos sobre el caminar no habían detallado; a saber, la relación entre las cafeterías y la escritura. Sin embargo, en sus paseos no es posible visualizar su interacción con la muchedumbre, a excepción de una vez que indica sentirse incómodo frente a la mirada de los demás. A raíz de ello, como *flâneur* no realiza ninguna crítica a la misma ni tampoco siente la necesidad de ingresar en ésta.

### 3 · Origen del *flâneur* en París

Walter Benjamin delimita con mayor precisión lo que es un *flâneur* y hace de ello un tema de investigación en el siglo XX. En *El París de Baudelaire* (2012)



—que reúne sus textos *París capital del siglo XX* (1935), *El París del segundo imperio en Baudelaire* (1938) y *Sobre algunos temas de Baudelaire* (1939)—aborda algunos de los factores asociados al diseño urbano como un elemento esencial en el surgimiento del *flâneur*. Las modificaciones impulsadas por Georges-Eugène Haussmann (1809–1891) aumentaron el número de calles anchas en París y la seguridad para caminar en medio de los vehículos. Los pasajes comenzaron a masificarse en el año 1837 a raíz del crecimiento comercial y los locales de venta de productos. En los corredores cubiertos por un techo de cristal entre los edificios, el *flâneur* pudo pasear con sosiego y convertirse en cronista. Benjamin toma distancia de la literatura anterior al asociar la figura del *flâneur* a la urbanización de la ciudad y elevar su tarea a la de un cronista. En *Tesis sobre la historia* (2008), Benjamin plantea que un cronista es el “que hace la relación de los acontecimientos sin distinguir entre los grandes y los pequeños, responde con ello a la verdad de que nada de lo que tuvo lugar alguna vez debe darse por perdido para la historia” (37). Por ello, la figura del *flâneur* no es sólo un caminante, sino que se relaciona con alguien que posee la capacidad de cuestionar el curso lineal de la historia oficial y revisar analíticamente otras versiones excluidas por la cultura dominante, con el fin de hacer reflexionar a los demás sobre el verdadero sentido de ésta.

Tras su surgimiento, se pensaba que el *flâneur* era capaz de realizar un conjunto de inferencias para reconocer “la profesión, el origen y el carácter” (Benjamin 2005 433) de los demás seres humanos y que dicha habilidad sería difícilmente desarrollada con la misma profundidad por otras personas. A pesar de mostrarse como alguien indiferente, éste de manera solapada observa con detalle a los criminales. El *flâneur* comienza a ser percibido como un detective, elevando su estatus social al punto de ser visto como ideal (al convertirse en un personaje literario). Para Benjamin relacionar al *flâneur* con un detective le posibilita justificar el ocio y constituye una protesta contra los mecanismos de producción dictados por el capitalismo.

En *El París de Baudelaire* explicita que París experimenta una nueva mejora en la ciudad relacionada con la iluminación, lo que facilitó el desplazamiento del *flâneur* en otros horarios. En la época de Napoleón III aumenta la cantidad de luces de gas en el exterior, incrementando la seguridad nocturna, por lo que fue posible deambular de noche. Cuando Baudelaire muere, los pasajes

continuaron modificándose por lo que el *flâneur* pudo caminar “resguardado de los vehículos” (Benjamin 2012 121). En el año 1840 se inicia la costumbre de sacar a pasear a las tortugas. Según el filósofo berlinés, esos paseos eran una metáfora de la resistencia del *flâneur* a la celeridad del progreso. Esto constituye una segunda diferencia con los teóricos anteriores, como Huart, al precisar como requisito *sine qua non* la lentitud al desplazarse, la cual influye en los detalles a los que pueda prestar atención, las conversaciones que pueda escuchar y la información visual o auditiva que pueda recabar en la ciudad como objeto epistémico.

Como ya se ha dicho, el *flâneur* es una persona solitaria que se contrapone a la multitud compuesta de individuos que se desplazan por la ciudad sin tiempo para observar. En “Sobre algunos temas en Baudelaire” (2010), Benjamin concluye que la masa está formada por los sujetos que transitan rápido por las calles, producto de sus responsabilidades. El *flâneur*, por su parte, pasea con facilidad e indiferencia al tener otras preocupaciones distintas a las de los demás, pero también merodea en la modernidad al sentirse seducido por la muchedumbre que se encuentra en los mercados y los pasajes, donde compran bienes de consumo o se dirigen a sus trabajos.

El *flâneur* se presenta como figura paradójica a quien le cautiva la masa, pero luego la rechaza confinándose en lugares apartados: “si por un lado él sucumbe a la violencia con que la multitud lo atrae hacia sí y lo convierte, como *flâneur*, en uno de los suyos, por otro, [...] casi al mismo instante se aparta de ella” (Benjamin 2010 29).

Benjamin plantea que junto con el surgimiento de los pasajes se encuentran los *panoramas*, los que buscaban imitar la naturaleza a la perfección. Los dioramas y panoramas representan pueblos y localidades lejanas, paisajes, acontecimientos y batallas; a través de ellos los espectadores obtienen una visión global de su ciudad. En *El París de Baudelaire* (2012) explica que cuando un escritor ingresa en un mercado mira a su alrededor como si se tratara de un panorama. Los escritores se dedicaban a pasear llevando una libreta de notas de bolsillo en la que registraban de manera panorámica la realidad. Dichas antologías tuvieron un lugar preponderante dentro del folletín gracias a Émile Girardin (1802-1881). En resumen, Benjamin coincide, en parte, con Rousseau, Huart, Walser y Hessel, pero los complementa al establecer un

origen cronológico sobre la figura del *flâneur* asociado al desarrollo urbano de París, con sus cualidades descriptivas y críticas.

## 4 · Otros aportes a la definición de *flâneur*

Rebecca Solnit (1961-) publicó en el año 2001 *Wanderlust: Una historia del caminar*, en donde propone el caminar como una actividad visual para mirar y pensar sobre ello, merodear, explorar lo impredecible, estimular o animar los pensamientos y un medio para conocer la ciudad en que se habita. En su investigación aborda otras formas de desplazamiento, por ejemplo, el ascenso de montañas, las excursiones, el senderismo y el peregrinaje como una búsqueda de algo intangible o un medio de desarrollo espiritual. Su texto muestra cómo las calles pasan de la humedad, la estrechez y la oscuridad a transformarse con el paso del tiempo en un espacio seguro, con tiendas comerciales y paseos peatonales. Según Solnit, los intelectuales del siglo XX inspiraron a Benjamin a formular el pasear como un acto cultural: “caminar es, en este sentido, la antítesis de poseer. Postula una experiencia móvil, compartible, con las manos vacías, del territorio” (250). El texto resalta, al igual que Benjamin, la ciudad como elemento epistémico al proponer que ella es un lenguaje, un espacio de posibilidades, por lo que caminar significa manejar los códigos asociados a dicho lenguaje. Este aspecto nos recuerda a la caracterización de la ciudad que hace Hessel en *Paseos por Berlín*.

*Wanderlust: Una historia del caminar* profundiza las reflexiones que hicieron, previamente, Rousseau, Schelle, Huart, Hazlitt y Stevenson sobre los distintos sitios en los que se podía vagar, reflexionar y alcanzar determinadas sensaciones como felicidad o plenitud. Además considera que “Benjamin es uno de los grandes estudiosos de las ciudades y el arte del caminar en ellas” (Solnit 300), pero no logra visualizar su contribución afirmando que éste “nunca definió claramente al *flâneur*” (Solnit 303). Ello sugiere que la autora ha omitido una de las características de la obra del filósofo berlinés, la fragmentariedad, que han estudiado tanto Jesús Aguirre (1972) como Michel Löwy (2012). En consecuencia, el argumento de Solnit es apresurado a la hora de evaluar el aporte conceptual que realiza Benjamin sobre la figura del *flâneur* en términos de un doble proceso de subjetivación: contemplación en

movimiento y distanciamiento reflexivo. De manera similar, minusvalora lo que Benjamin dice en sus textos sobre la capacidad del *flâneur* de indagar todo lo que está a su alrededor, examinar los detalles sin importancia para los demás, percibir minuciosamente los rasgos de las personas, la ciudad, la historia, las noticias y eludir las masas laboriosas. Dichos rasgos, desarrollados por el filósofo berlinés, le permiten al *flâneur* evaluar sus apreciaciones para configurar su propia visión del mundo y que, no necesariamente, va a estar en coherencia con el estereotipo conceptual difundido socialmente.

*La ciudad de las desapariciones* (2015) es una traducción de textos escritos, durante cuatro décadas, por Iain Sinclair, quien describe desde la perspectiva del caminante el mundo global y las consecuencias de un modelo económico centrado en la producción, la desvalorización de la memoria histórica y la gentrificación. La obra aborda su recorrido, a pie y en bicicleta, por distintos espacios, entre las que cabe destacar las ocho iglesias diseñadas por el arquitecto Nicholas Hawksmoors, llevando a cabo una “breve y nerviosa sinopsis” (Sinclair 19) cargada de detalles arquitectónicos y antecedentes relacionados con su construcción. Pasea por sectores aledaños a su residencia y en sus desplazamientos critica que “nos hemos confabulado demasiado con la oscuridad, hemos dado la espalda a la injusticia y a los abusos, los asesinatos judiciales, a la ingeniería social, a la destrucción deliberada de la injusticia” (Sinclair 44). Sinclair rescata el rasgo crítico de la figura del *flâneur*, desarrollado por Benjamin, reposicionando su lugar en la actualidad.

En específico, Sinclair menciona la experiencia de abrirse paso en medio de la muchedumbre para llegar hasta un café donde había acordado reunirse con otra persona. Esta imagen evoca la reflexión del filósofo berlinés cuando alude a cómo el *flâneur* observa a la multitud desde la vitrina de algún café. Aunque el autor de *La ciudad de las desapariciones* marca distancia, se identifica como un *acosador* que tiene viajes deliberados, una mirada fija, y avanza sin entretenerse en nada y sin curiosear: “el acosador es un paseante que [...] sabe dónde va, pero no cómo ni por qué” (66). A su vez, en contraste con Benjamin, Sinclair define una multitud de personas sin trabajo, ociosas y sin saber qué hacer. Resalta en su texto su tarea detectivesca que indaga por doquier, pero sin las grabadoras a las que hará referencia Antonio Muñoz Molina en *Un andar solitario entre la gente* (2018) —aunque coincidirá con los

planteamientos de Fargue y de Muñoz Molina al proponer el tomar apuntes durante sus husmeos ciudadanos—.

Antonio Muñoz Molina publica en 2018 *Un andar solitario entre la gente*, donde plantea la audición y la visión como los elementos fundamentales del caminar para prestar atención a la mayor cantidad de estímulos y viajar “a través de una ciudad de palabras y voces” (9), escuchar lo que algunos hablan por teléfono celular y leer anuncios publicitarios como si fueran sonidos o notas en partitura. Se define a sí mismo como una grabadora en curso oculta en un teléfono inteligente y expresa la urgencia de no querer ni siquiera parpadear para no perderse ningún detalle. Pero en otras ocasiones decide cerrar sus ojos para poder concentrarse mejor en los sonidos que percibe, intentando grabar en su memoria frases y diálogos entrecortados.

Menciona haber leído a Thomas de Quincey, Federico García Lorca, Fernando Pessoa y Walter Benjamin, y narra detalles de su vida relacionados con caminar y escribir: “De Quincey [...] camina sin parar y escribe un diario, anotaciones rápidas de lo que hace y lo que ve, de sus lecturas. El diario parece escrito a una velocidad de caminata sin sosiego” (Muñoz 40). Es notorio que durante sus trayectos aluda a no separarse “nunca de [su] cuaderno ni de [su] lápiz” (Muñoz 28), en el que apunta determinados detalles y en caso de cometer errores los borra. Destaca en su libro la importancia de la ciudad porque ella habla al paseante en cualquier lugar que se encuentre de ésta. Para Muñoz Molina los caminantes se ganan la vida escribiendo para los periódicos, relacionando la escritura, el caminar y el periodismo. Es posible apreciar que *Un andar solitario entre la gente* contextualiza lo que teóricos del caminar describieron antes, por ejemplo, Huart y Benjamin: observar publicidad (en pantallas digitales), personas conversando con otras (mediante un celular), transformaciones arquitectónicas que incorporan tecnología en el diseño urbano, y masas laboriosas a las cuales se les suma “un teléfono móvil” (Muñoz 177) que visualizan, con el que escuchan música o escriben mensajes.

Llama la atención que su libro sea el resultado, además, de su denominada oficina portátil, que se compone de “instantes perdidos, de los titulares y los anuncios recortados o acopiados, de los cuadernos escritos a lápiz [...] intercalados con recortes de periódicos, diarios, de folletos de publicidad o de revistas de modas, ilustrados por siluetas y eslóganes y palabras sueltas”

(Muñoz 197). Algo que ya había desarrollado Rousseau en *Las ensoñaciones del paseante solitario*, cuando afirma que en sus viajes “una de [sus] mayores delicias era, especialmente, dejar siempre [sus] libros bien embalados y no tener escritorio” (118). A diferencia de Fargue, que relacionaba la escritura con las cafeterías, *Un andar solitario entre la gente* plantea escribir en cualquier lugar gracias a una oficina móvil, que incluye la grabadora del celular y posibilita redactar notas, consignar detalles y apuntar datos que luego serán trabajados en profundidad. La obra, asimismo, se aleja de los teóricos del caminar al reflejar una ciudad desbordante “y lo que se desborda sobre todo es la basura [...] rebosan de papeles y recipientes de plástico [...] se desbordan los contenedores de escombros” (Muñoz 292). Esto último coincide con lo propuesto por Sinclair para el que la basura en la ciudad es consecuencia del nuevo modelo de productividad y consumo actual. Así, *Un andar solitario entre la gente* hace resurgir nuevamente el elemento crítico del *flâneur* desarrollado antes por Benjamin, al criticar la ciudad moderna por su acumulación de desechos. Si bien es cierto que se aprecian diferencias con las obras anteriores, existen múltiples influencias de éstas y, desde esa perspectiva, se podría hablar del texto de Muñoz como una actualización o modernización de la teoría precedente.

Ramón del Castillo en *Filósofos de Paseo* (2020) profundiza otros elementos como el sumergirse en una niebla sin preocupación, estirar un tiempo sin medida o sin objetivos y habitar un espacio sin un tamaño concreto. Reprocha a *Wanderlust: Una historia del caminar* de Rebecca Solnit la mirada reduccionista que tiene sobre el pasear, al no considerar otros rasgos del caminar como lo inesperado, lo peligroso y lo imprevisible. Para Del Castillo el caminar filosófico puede definirse a partir del pensar puro y severo, el asombro, el silencio y el fluir en una temporalidad ajena a los relojes y cronómetros. Asegura que el pasear y lo circundante propician la inspiración y concentración, pero no un estímulo para distraerse. En ocasiones, el propósito de examinar el exterior es internarse en sí mismos.

*Filósofos de Paseo* rescata de *La discreción o el arte de desaparecer* (2016) de Pierre Zaoui la idea de que el *flâneur* posee la capacidad de estar y no estar en este mundo, de actuar en su centro y, al mismo tiempo, de permanecer oculto. El resguardarse es algo positivo para la figura del *flâneur* porque le ayuda a intercalar el aparecer y desaparecer del mundo, pero sin romper los

nexos con la sociedad. Se trata de una forma que caracteriza al *flâneur* de seguir unido a ella, pero sin “grandes gestos visibles, sin aspavientos, sin grandes representaciones” (Del Castillo 170).

## 5 · *Flâneur* en Latinoamérica

Dorde Cuvardic advierte, en *El flâneur en las prácticas culturales, el costumbrismo y el modernismo* (2012), acerca de la escasa investigación en torno a la figura del *flâneur* tanto en el ámbito español como latinoamericano. El autor logra ubicar una primera mención del *flâneur* en un artículo incluido en el *Diario Mercantil, Político y Literario* de Buenos Aires, el 3 de mayo de 1828. Ello corrobora su aparición previa a la integración de la figura del *flâneur* en las colecciones francesas de tipos sociales costumbristas, género surgido casi al término de la década de 1820 e inicios de la década del 1830.

Durante el siglo XIX en Latinoamérica existen múltiples menciones del *flâneur* costumbrista, en que los personajes se desplazan prestando atención a detalles de interés del entorno. Entre los diversos ejemplos que menciona están: *El gurrupíe*, de Manuel de Zequeira, en *Los cubanos pintados por sí mismos* (1852) y *La chiera*, de José María Rivera, en *Los mexicanos pintados por sí mismos* (1854).

El *flâneur* cronista surge a partir de los viajes llevados a cabo por algunos intelectuales de la época, como corresponsales periodísticos de Europa, Norteamérica y diversos países de América Latina. Así los cronistas modernistas latinoamericanos en sus travesías como corresponsales se desempeñaban ocasionalmente como *flâneurs*, rol integrado en sus documentos y artículos. El *flâneur* en las crónicas periodísticas siente un mayor interés por los centros comerciales y se aleja de la crítica social, lo que permite diferenciar al modernista del costumbrista. Así, Rubén Darío visita en la España moderna los sitios de socialización pública madrileña, Enrique Gómez Carrillo emprende una caminata próxima a la visión del turista en las ciudades europeas y del Oriente, y José Martí describe su presencia como observador en inauguraciones y ferias en sus *Escenas Norteamericanas*. El cronista representa espacios públicos caracterizados por el consumo para sus lectores.

Según Cuvardic, el concepto de flanear fue integrado en el siglo XIX y fue concebido “como la acción de callejear en los espacios públicos y apreciarlos como un teatro social” (341), siendo utilizado por escritores de América Latina entre el año 1851 y 1910. Un ejemplo anterior a la escritura modernista viene de una carta de Domingo Sarmiento, en el contexto del llamado *viaje formativo* a Europa. En dicha misiva dirigida a Antonio Aberastain el 4 de septiembre de 1846 desde París, Sarmiento emplea el galicismo flanear. Sarmiento declara además su iniciación en dicha actividad e identifica el *flâneur* como un desocupado que, sin propósito alguno, observa los espacios urbanos con intriga. La acción de caminar por el espacio público sin ideas preconcebidas ni propósito definido llega a ser usado por escritores modernistas de Latinoamérica años más tarde. Justo Sierra, en el prefacio a las *Peregrinaciones* de Darío, lo utiliza para aludir a los callejeos del poeta de Nicaragua en Europa. De este modo, “con el transcurso de los años se operó una expansión de la semántica geográfica del término, que ya no se circunscribió exclusivamente a París. Por otra parte, mientras que Sarmiento emplea el verbo en español, como galicismo, Sierra emplea el verbo en francés” (Cuvardic 344).

A lo largo del siglo XIX algunos intelectuales viajaron a Europa, Estados Unidos y Sudamérica a ocupar cargos diplomáticos o trabajar como corresponsales. Sus vivencias fueron registradas en sus crónicas periodísticas. Ejemplo de ello fue Gómez Carrillo, quien por medio de sus artículos buscó ofrecer un examen crítico de la modernidad. Las crónicas de Darío es otro ejemplo en donde se observa un *flâneur* en ejercicio. Para Cuvardic el poeta de Nicaragua presenta una mirada de la ciudad similar a las nociones acuñadas por pensadores de la modernidad. Además, en su análisis hace referencia a la presencia de la *flanerie* en la producción de autores modernistas no asociados a la retórica del callejeo, como Julián del Casal, Amado Nervo, José Martí, Manuel Gutiérrez Nájera y Arturo Ambrogí. La contribución de Cuvardic pasa por constatar la presencia de la figura del *flâneur* en Latinoamérica revisando distintas fuentes, por lo que constituye una lectura obligatoria al momento de investigar esta temática y propicia una nueva línea investigativa que merece la pena seguir profundizándose.



## 6 • Conclusiones

Las definiciones de la figura del *flâneur*, anteriores a Walter Benjamin, pueden considerarse como una primera aproximación porque permiten vislumbrar la relación entre caminar y escribir. Tal es el caso de Rousseau, quien asevera que *Las ensoñaciones del paseante solitario* es el resultado de “un informe diario de sus ensoñaciones” (54) o “un registro fiel de [sus] paseos solitarios” (58) durante un periodo que va entre 1757 y 1762. Por esa razón, Rousseau llega a concebir que la vida sin este vínculo es letargia —adelantando con ello lo que serán los estudios sobre las consecuencias de una vida sedentaria en la sociedad actual—. En el caso de Louis Huart, con relación a la figura del *flâneur*, advierte sobre su habilidad analítica de recordar, el rasgo artístico-intelectual y el rol de investigador de las noticias excluidas de los medios de prensa. A partir de Hessel se constata cómo la ciudad pasa a ocupar un lugar preponderante para el deambular, cuestión que retoma Solnit.

Este artículo advierte su contribución al confrontar dichas perspectivas con el trabajo llevado a cabo por Benjamin, quien complementó algunos de estos antecedentes, al configurar y sistematizar un profundo estudio que detalla su origen histórico en París y, a su vez, develar su carácter subversivo frente a los mecanismos de producción al ir en sentido opuesto a las masas laboriosas de la modernidad. Aun cuando el *flâneur* merodea los espacios urbanos e interactúa con la muchedumbre, luego se distancia de ella, ya que posee otras preocupaciones que difieren a las del resto de la sociedad. Entre ellas, dedicarse a la reflexión entrando en un proceso de abstracción que le permite examinar aquello que contempló durante sus desplazamientos.

Solnit (2015) revaloriza el caminar como un medio para conocer el lugar en que se vive y como una forma de conexión con la comunidad y uno mismo. Su texto advierte que el caminar es un acto de resistencia frente a la “arquitectura, diseño y tecnología orientados a eliminar o anular el espacio público” (Solnit 387) y “la falta de espacio donde hacerlo” (Solnit 393). En una sociedad altamente tecnologizada e hiperconectada, sus planteamientos invitan a desconectarse para apreciar el mundo físico y optar por un estilo de vida saludable.

Paralelamente, Solnit reanuda la discusión, originada por autores previos, respecto a la accesibilidad en la ciudad para el *flâneur*. Alude a la peligrosidad que existía en otras épocas producto de que “las calles estaban llenas de basura y agua sucia, muchos de los comercios eran inmundos” (Solnit 275); sin embargo, va más allá dejando entrever la necesidad de que los espacios sean inclusivos para todos y abogar por un modelo de ciudad equilibrado puesto que actualmente “los diseños urbanos y suburbanos desprecian a los caminantes [...] los cruces peatonales y los semáforos son escasos” (Solnit 385). Por tanto, en Solnit el caminar se transforma en un acto de descubrimiento de paisajes desconocidos, un medio de resistencia y libertad en un mundo que privilegia el desplazamiento en medios de transporte automatizados.

Iain Sinclair (2015), contribuye a reconsiderar la ciudad como palimpsesto en donde tanto la historia como la memoria se superponen a la arquitectura y geografía de los espacios en los que deambula. Mediante sus reflexiones advierte cómo la historia conforma parte de la identidad de los lugares por lo que se camina. El *flâneur* es capaz de valorar las voces olvidadas o las historias no contadas. Además, Sinclair retoma la idea del caminar como un acto de resistencia en contra de la aceleración, pero en el contexto de los ritmos de vida actual y colabora a pensar en cómo el caminar podría favorecer el crear un ritmo de vida personal en un mundo caracterizado por la inmediatez y la rapidez.

Antonio Muñoz Molina (2018), plantea una actualización del arquetipo del *flâneur* en la sociedad actual y destaca una descripción pormenorizada del deambular en medio de la modernidad y los espacios públicos; paralelamente, invita a reflexionar sobre el individualismo al que debe hacer frente el caminante puesto que “todo el mundo [está] conectado con algo o con alguien que está en otro lugar” (Muñoz 16) lo que, en ocasiones, le lleva a una profunda crisis debido a que “la angustia era [su] sombra y [su] guardián y [su] doble” (Muñoz 20). Su texto invita a repensar la sociedad actual, desde la constatación de un *flâneur*, quien advierte —por medio de sus descripciones— cómo la muchedumbre se encuentra alienada a raíz de la tecnología y la velocidad de la vida moderna y, al mismo tiempo, la existencia de una desconexión emocional por el otro. En este sentido, aborda la relación entre el *flâneur* y

la multitud en términos de cercanía y lejanía agregando a las ocupaciones —descritas por teóricos anteriores— las pantallas móviles.

Ramón del Castillo (2020), contextualiza el vínculo entre el caminar y el filosofar —que ya habían propuesto otros teóricos analizados en este artículo— y, simultáneamente, entre el caminar y la creatividad. En su texto, es patente observar la ciudad como un laboratorio de ideas a raíz de que el espacio por el que deambula el *flâneur* se convierte en el objeto de su investigación. En ese contexto, las historias personales se vinculan con las narrativas colectivas y demuestran su entramado social. El caminar es también un acto de resistencia y el *flâneur* es un medio alternativo a la deshumanización moderna.

En cuanto al caso de Dorde Cuvardic (2012), marca una diferencia significativa con todos los teóricos anteriores, dado que ubica al *flâneur* en el contexto latinoamericano y con una ocupación remunerada. Aunque existe una relación entre la propuesta benjaminiana y la presencia del *flâneur* en Latinoamérica, ya que en ambas se destaca el rol periodístico y la capacidad de observar detalles en los centros urbanos.

Las múltiples aproximaciones teóricas a la figura del *flâneur* permiten construir una conceptualización contemporánea que trasciende su origen para adaptarse a las dinámicas sociales y urbanas del presente. En su versión actual, el *flâneur* puede comprenderse como un sujeto reflexivo, crítico y activo en la trama urbana. Su deambular no es sólo llevar a cabo observaciones estéticas sino que se transforma en una estrategia de resistencia a la velocidad de la vida citadina, una herramienta para cuestionar y una vía de reconocimiento de las contradicciones culturales y sociales que surgen en los espacios urbanos de nuestra época.

La figura del *flâneur*, en la actualidad, puede concebirse como un observador activo cuya presencia en la ciudad implica una actitud crítico-ética y de reflexión consciente frente a las modificaciones urbanas. El *flâneur*, es capaz de ejercer un rol de mediador entre el sujeto y el espacio, propiciando una visión más analítica y pausada frente a la inmediatez de la vida moderna, y fomentar un vínculo más profundo con el paisaje urbano, que contribuya a la construcción de subjetividades críticas y sensibilizadas con su entorno.

Al mismo tiempo, en el contexto latinoamericano, esta figura adquiere relevancia, al adaptarse a las condiciones políticas, económicas y socioculturales particulares de dicho espacio geográfico. Su presencia en

Latinoamérica se configura como un acto de observación estética y como una forma de denuncia de injusticias, de resistencia social y de diálogo con las dinámicas de exclusión y desigualdad. Así, en la actualidad, el *flâneur* puede entenderse como un agente de cambio que propicia la reflexividad ciudadina y el debate sobre los procesos de globalización, fragmentación social y urbanización.

Por último, la conceptualización contemporánea del *flâneur* lo caracteriza como un interlocutor activo, reflexivo y crítico en el espacio urbano, cuya función trasciende la contemplación para transformarse en un sujeto que ha desarrollado en profundidad una habilidad y una sensibilidad que le permite entender los complejos cambios sociales, políticos y culturales del mundo actual y, además, como una figura de resistencia que invita a repensar nuestras relaciones con la ciudad y el progreso. El *flâneur*, lejos de extinguirse, se vuelve imprescindible en la construcción de una ciudadanía urbana más consciente, sensible y participativa.

## 7 • Referencias

- Aguirre, Jesús. "Walter Benjamin: Fantasmagoría y objetividad". *Iluminaciones*. Ed. Jordi Ibáñez. Madrid: Taurus, 1972. 331-338.
- Baudelaire, Charles. *El Pintor de la vida moderna*, trad. Alcira Saavedra. Valencia: Artes Gráficas Soler, 1995.
- Benjamin, Walter. "El retorno del *flâneur*". *Paseos por Berlín*. Trad. Miguel Salmerón. Madrid: Editorial Tecnos, 1997. 179-182.
- Benjamin, Walter. *Libro de los Pasajes*, trad. Luis Fernández Castañeda. Madrid: Ediciones Akal, 2005.
- Benjamin, Walter. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, trad. Bolívar Echeverría. Ciudad de México: Editorial Itaca, 2008.
- Benjamin, Walter. "Sobre algunos temas en Baudelaire". *Ensayos escogidos*. Trad. H. A. Murena. Buenos Aires: El cuenco de plata, 2010. 7-58.
- Benjamin, Walter. *El París de Baudelaire*, trad. Mariana Dimópulos. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora, 2012.
- Cuvardic, Dorde. *El flâneur en las prácticas culturales, el costumbrismo y el modernismo*. Saint-Denis: Éditions Publibook Université, 2012.

- Del Castillo, Ramón. *Filósofos de Paseo*. Madrid: Turner Publicaciones SL, 2020.
- Díaz, Óscar. “Del flâneur al data-flâneur. Consideraciones estéticas de un cambio en la mirada”, *Barcelona Investigación Arte Creación*2 (2024): 1–22.
- Fargue, León-Paul. *El peatón de París*, trad. Regina López Muñoz. Madrid: Errata Naturae Editores, 2018.
- Hazlitt, William. “De las excursiones a pie”. *Caminar*. Trad. Enrique Maldonado Roldán. Madrid: Nórdica Libros, 2018. 27–72.
- Hessel, Franz. *Paseos por Berlín*, trad. Miguel Salmerón. Madrid: Editorial Tecnos, 1997.
- Hessel, Franz. “Sobre el difícil arte de caminar”, *Guaraguao* 18 (2004): 145–149.
- Huart, Louis. *Fisiología del flâneur*, trad. Delfín Gómez Marcos. Madrid: Gallo Nero Ediciones, S.L., 2018.
- Löwy, Michael. *Walter Benjamin: aviso de incendio*, trad. Horacio Pons. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2012.
- Maldonado, Helena. “El flâneur de Benjamin como esqueumorfismo del hacker contemporáneo”, *Revista de Filosofía y Educación*1 (2023): 1–13.
- Muñoz, Antonio. *Un andar solitario entre la gente*. Barcelona: Seix Barral, 2018.
- Rousseau, Jean-Jacques. *Las ensoñaciones del paseante solitario*, trad. Mauro Armiño. Madrid: Alianza Editorial, 2016.
- Schelle, Karl. *El arte de pasear*, trad. Isabel Hernández. Madrid: Díaz & Pons Editores, 2013.
- Sinclair, Iain. *La ciudad de las desapariciones*, trad. Javier Calvo. Barcelona: Ediciones Alpha Decay, 2015.
- Solnit, Rebecca. *Wanderlust: Una historia del caminar*, trad. Andrés Anwandter. Santiago: Editorial Hueders, 2015.
- Stevenson, Robert Louis. “Caminatas”. *Caminar*. Trad. Enrique Maldonado Roldán. Madrid: Nórdica Libros, 2018. 73–101.
- Walser, Robert. *El paseo*, trad. Carlos Fortea. Madrid: Siruela, 2020.